

DOSSIER SOBRE CUERPO

El tatuaje en el cuerpo del adolescente

Angeles Romay

La propuesta para este trabajo surge de mi práctica clínica con adolescentes. En los últimos tiempos, observo que tatuarse entre ellos, se ha transformado en una actividad frecuente, a diferencia de otras épocas en las que no se manifestaba con la asiduidad con que ahora se evidencia.

Los tatuajes, no constituyen un motivo por el que los padres o el mismo adolescente consultan, a diferencia de otras prácticas de modificación corporal, como son los cortes en el cuerpo, que generalmente provocan la consulta con el analista, ni bien son detectados por los padres.

Tatuarse aparece asociado a un concepto de complemento estético en el cuerpo, en la mayoría de los casos. Señal cada vez más importante de quién es ese adolescente o cómo quiere ser percibido. Muchos jóvenes eligen tatuajes inofensivos y/o irónicos, no como señal de rebeldía o desafío, sino como señal que muestra sus preferencias estéticas y/o su sexualidad, su historia afectiva más o menos grabada en su cuerpo. Señal de autonomía, reiteración de un gesto que se inscribe sobre la piel misma, signo perdurable a través del tiempo.

Ahora bien, la época actual se caracteriza por la precariedad del orden simbólico y la promoción del goce al cenit de lo social. Si esta época se caracteriza por la forclusión generalizada, si es una época en la que las marcas simbólicas se fragilizan, ¿Qué valor adquiere marcar el cuerpo? ¿Marcar el cuerpo por ausencia de otras marcas de orden simbólico? En este contexto, podríamos pensar que ciertas modificaciones producidas en el cuerpo por el sujeto, son manifestaciones sintomáticas, que configuran una solución posible en la constitución y abordaje del cuerpo en la adolescencia. En ese caso, ¿de qué modo los cambios y las características de la época inciden sobre la proliferación del tatuarse de los adolescentes?

¿Qué es el tatuaje?

El tatuaje es una técnica de decoración del cuerpo mediante la inserción de sustancias colorantes bajo la epidermis, una vez que ésta ha sido perforada con un instrumento punzante, por ejemplo, una aguja eléctrica. Un tatuaje se vuelve un dibujo indeleble trazado en el cuerpo y siempre tiene un relato detrás: el momento en que la persona decidió ser tatuada.

El origen de la palabra tatuaje, en castellano, proviene del inglés *tattoo*, que a su vez deriva del vocablo *tatau*, que usaban los indígenas de la isla de Tahití, en la Polinesia.

Siempre ha existido el tatuaje a lo largo de la historia de la humanidad. Es una práctica cuyo nacimiento se pierde en el tiempo y aparece en distintas culturas. Si hay algún origen que pueda imaginarse, está tal vez relacionado con la fascinación que produce el momento en que el hombre descubre que puede dejar marcas permanentes sobre el cuerpo. La cualidad que distingue al tatuaje es la perdurabilidad. Es y ha sido siempre una marca en el cuerpo que se lleva para toda la vida. Es signo, signo en el cuerpo y es evidente.

Cuando un autor como Severo Sarduy en *El Cristo de la rue Jacob* cuestiona el papel de la memoria y la concepción convencional del tiempo, destaca como único relato autobiográfico posible, aquel basado en la discontinuidad temporal y en el olvido. Toma como referente las huellas de la vida, que bien en forma de cicatrices han quedado sobre la piel o en forma de marcas numéricas, grabadas en la memoria.

Es entonces el propio cuerpo con sus marcas y heridas el que se convierte en un *“esbozo de narración autobiográfica”*, que consiste precisamente en recorrer el itinerario de esas señales. Solo cuenta lo que queda escrito en el cuerpo, las marcas indelebles siguen hablando y narrando el hecho que las provocó. Frente a la idea de la vida como continuidad, se levanta la imagen de la historia personal, hecha de rupturas y discontinuidades: cortes o marcas sobre la piel. En cada cicatriz, en cada tatuaje se puede leer como si de estratos se tratase, la conformación del propio cuerpo y del sujeto con el discurso que los va soldando entre sí.

Más de una historia entonces sostiene el tatuaje. Arte y símbolo, construcción del propio cuerpo y palabra sagrada, impulso atávico y conmemoración vital. El tatuaje se vuelve un relato que transcurre en la piel del tatuado. El tatuaje es sentido pero para muchos es también placer y diversión.

El tatuaje desde la antropología y la sociología

La práctica del tatuaje ha tenido distintos usos y significados para los pueblos que la realizaron. Aparece en distintas culturas asociado a prácticas religiosas y/o mágicas, como estigma de delincuentes, como signo de casta o rango, símbolo de fidelidad a una causa y/o persona, muestra de resistencia al dolor o paso necesario en ceremonias de iniciación. Siempre aparece asociado a un acontecimiento especial, a un hito en la vida del que se tatúa o es tatuado. El sujeto, a partir del momento en que se tatúa, va a convivir con su tatuaje y su significado.

Sin embargo puede hacerse una distinción, de acuerdo a la valoración social que el tatuaje ocupa en una cultura.

En aquellas, en las que es socialmente aceptado, puede relacionarse con distintos tipos de marcas: rango, sexo, estéticas, mágicas o religiosas. Allí el individuo tatuado no es marginal a la cultura a la que pertenece. El tatuaje en esos casos, es una práctica social, más ligada a ritos, formas o modas imperantes.

Para las sociedades iletradas las marcas en el cuerpo tienen un gran valor simbólico que regula la vida de los pueblos y la relación de las personas con los dioses y los demás miembros de la colectividad. En ellas, una de las funciones básicas de la marca en el cuerpo es la iniciación de los púberes en la vida adulta.

En las que no es ampliamente aceptado, ha sido utilizado como marca condenatoria y es condenable en sí mismo como práctica. Particularmente en Occidente, se utilizó para marcar a los esclavos, presos y delincuentes. En este sentido, un ejemplo de los más recientes y dolorosos, es la apropiación que hicieron los nazis de esta práctica, marcando a sus víctimas en los campos de concentración. Una persona era así convertida en el número que marcaban en su brazo. Las prácticas de marcas en el cuerpo son remotas.

En el mundo occidental y con el desarrollo de la modernidad, el tatuaje comenzó a practicarse, ya no con las formalidades de una institución social sino como costumbre de grupos populares y marginarlos en búsqueda de reivindicación e individuación social.

A partir de los fines del siglo XX se ha incrementado la marcación del cuerpo, especialmente el tatuaje, en los adolescentes, sin la justificación iniciática que antes tenía. Estas prácticas aparecen cada vez más disociadas de todo valor simbólico.

De todos modos, tanto si es socialmente aceptado como si es un signo de segregación o marginalidad, el tatuaje en ambas situaciones sigue teniendo un punto en común: es distintivo.

El cuerpo tatuado

El tatuaje da cuenta de algo, es un testimonio, remite a un momento o a un hecho particular. Siempre tiene un valor. El cuerpo tatuado inevitablemente está diciendo algo. El cuerpo que se tatúa ya no es el mismo: igual que un mojón permanece el tatuaje en la piel.

Si bien desde siempre el tatuarse ha ocupado un lugar en las culturas, muchas veces reducido a una práctica de grupos o minorías, en la actualidad cada vez es más frecuente en la clínica encontrarse con jóvenes que implementan distintas prácticas de modificación corporal, piercings, escarificaciones, cortes, tatuajes. ¿Por qué estas prácticas han cobrado tanto impulso en esta época?

Frente a los violentos cambios culturales y a la falta de respuesta de la sociedad, las marcas en el cuerpo retornan como una referencia.

Cada vez son más los jóvenes que portan imágenes en su cuerpo. La proliferación de tatuajes en adolescentes ha dado lugar a múltiples estudios, en los que la pregunta gira en torno a si acaso esta forma de realizar las marcaciones corporales (aquellas que se llevan a cabo mediante tintas, heridas, cortes, quemaduras y punzones en la piel) está poniendo en juego una nueva relación del sujeto contemporáneo con su cuerpo.

Como sujeto y cuerpo están separados en la constitución subjetiva y el ser humano ha recurrido a artificios para hacerse con su cuerpo, entre esos artificios se puede incluir el tatuaje

En nuestra disciplina que es clínica, la vida se presenta para nosotros bajo la forma del cuerpo individual. Hay una evidencia del cuerpo individual, del cuerpo en tanto que Uno, que es de orden imaginario.

Si bien es lícito para el animal, identificar el ser y el cuerpo, no lo es para la especie humana. El sujeto a partir del momento en que es sujeto del significante no puede identificarse a su cuerpo y precisamente de allí procede su afecto por la imagen de su cuerpo. Para el ser hablante el estatuto del cuerpo no compete al ser sino al tener.

El cuerpo para el psicoanálisis

Para Freud el mismo organismo debe sostener dos cuerpos distintos, superpuestos. Por un lado, un cuerpo de saber, que sabe lo que necesita para sobrevivir, el cuerpo epistémico y, por otro lado, el cuerpo libidinal. El primero es el cuerpo que normalmente debería estar regulado y cuya regulación debería ser placer, el cuerpo-placer que obedece y el segundo es el cuerpo-goce, desregulado, aberrante, donde se introduce la represión como rechazo de la verdad y de sus consecuencias. Es en estas coordenadas que, con Lacan, podremos pensar el síntoma como acontecimiento del cuerpo.

El psicoanálisis de orientación lacaniana, parte de que tenemos un cuerpo que es un cuerpo vivo, sexuado y mortal. Parte del hecho de que el cuerpo siempre goza, bajo la forma que sea. Por esta razón, ocupa un lugar fundamental en nuestra práctica.

Una constante a lo largo de la enseñanza de Lacan es no identificar lo vivo, el organismo con el cuerpo como construcción significante. El cuerpo no es una realidad primaria, no se nace con un cuerpo, sino que éste se construye gracias al otorgamiento de un cuerpo simbólico (el lenguaje) que pre-existe al sujeto. La pregnancia de la imagen en el ser hablante hace creer que se es un cuerpo, tenerlo exige un anudamiento entre lo imaginario, lo simbólico y lo real del cuerpo que no siempre está al alcance de todos.

En el cuerpo se inscriben las huellas mnémicas que Freud describe como trazos en el aparato psíquico que marcarán la vida de cada sujeto. Para Lacan serán las huellas de la lengua las que dan consistencia a un cuerpo que se tiene sin esencia alguna. Busca responder por lo que caracteriza al cuerpo. Desemboca en que es algo mucho más difícil de lo que conocen los anatómo-biologistas.

Podemos ubicar tres momentos en Lacan en la concepción del cuerpo:

1-El cuerpo en su vertiente imaginaria-simbólica, en el inicio de su enseñanza, cuando otorga un valor primordial a la imagen del cuerpo del semejante en la constitución del cuerpo y al reconocimiento de esa identificación imaginaria por el Otro simbólico.

2 El goce se articula al significante, jerarquiza la función del fantasma, fórmula que será durante mucho tiempo el punto de conexión entre lo simbólico y lo libidinal. El fantasma comporta la vida, el cuerpo viviente por la inserción del pequeño a como imagen incluida en la estructura significante, imagen de goce captada en lo simbólico.

3 En la última enseñanza pone el acento en que lo propio del cuerpo es que "se goza" y esto sucede porque está vivo. El cuerpo goza a través de la apropiación de una imagen, a través de la imposición de un significante o de su incorporación, a través de su manipulación real. Sobre todo el cuerpo goza de sí mismo.

Si bien relaciona el cuerpo con lo vivo, en tanto es necesario un cuerpo para que se goce, plantea que la biología freudiana no es la biología. En efecto, la muerte de la cual se trata en la pulsión de muerte no es la muerte biológica, no es el simple retorno del cuerpo viviente a lo inanimado. Es una muerte en la que se trata de un más allá de la vida. Una biología que incluye la pulsión de muerte es una biología del más allá de la vida, pero de un más allá que se abre al ser hablante a través del lenguaje. Este más allá de la vida está materializado por la sepultura, puesto que la especie humana es la única en la que el cuerpo muerto conserva su valor.

Para Lacan tampoco la identidad caracteriza al cuerpo. El enorme engreimiento narcisista, que es característico de la especie, procede de ese defecto de identificación subjetiva al cuerpo.

Miller explora con detalle este recorrido lacaniano para cernir que a partir del Seminario Aun, la noción de ser hablante sustituye a la de sujeto mortificado por el significante y la función de lo imposible de la relación, la no-relación, introduce con fuerza una nueva perspectiva: El cuerpo como algo siempre ajeno, extranjero al sujeto, como algo que tenemos pero que no somos.

Para concluir, desde el psicoanálisis se pueden encontrar tres maneras de entender la noción de cuerpo:

-Cuerpo como Forma: Lacan habla de que en el ser humano hay una preferencia por la imagen. La forma está del lado del tener y uno se reconoce en lo que tiene.

-Cuerpo como Eco de las pulsiones: La angustia surge en el cuerpo.

-Cuerpo como Orificios: Es lo simbólico lo que hace hueco. Sin nominación no hay ningún orificio o zona erógena pulsional.

Lacan alertó sobre los efectos que los avances de la biotecnociencia y de la cibernética podían tener sobre el cuerpo y su correlato cultural. Se ocupó de plantear "nuestro porvenir de merca- dos comunes", su consecuencia en el cambio social y su impacto en la subjetividad.

Es así que la biología, que ha pasado su período más largo celebrando la unidad del viviente, se realiza todos los días en la fragmentación de esta unidad. Ya para Lacan, como subraya Miller (2005), en su Seminario El Otro que no existe y sus comités de ética, lo que se ha puesto en marcha es el devenir fragmentado de la unidad del cuerpo.

La ciencia, con los avances en biología molecular e ingeniería genética, opera sobre lo real de la vida, promoviendo el ideal cientificista de un cuerpo sin falla alguna. No resulta extraño entonces que se desarrolle la cultura de la imagen y nuevas formas de culto al cuerpo, nuevas formas y nuevas escrituras.

El cuerpo en la pubertad

En la pubertad son los planos del cuerpo como objeto pulsional y del cuerpo como imagen los que se vienen a trastocar, conmoviendo al sujeto. Ante el hecho de tener que abandonar su posición infantil, sus respuestas y los sentidos infantiles, al joven le queda la solución de inventarse una salida que puede tomar distintas vías.

Para aquellos adolescentes a quienes el régimen del padre no les ha dado la función significativa necesaria para acomodarse en la vida, se les hace más difícil encontrar la salida.

Lacan nos enseña que el Nombre del Padre, a pesar de ser solo un semblante, tiene su eficacia, que se verifica en poder transmitir un cierto saber hacer con las cosas del mundo y de la vida del sujeto, lo que implica la manera en que el goce y el lenguaje se enganchan, se aparejan.

Miller en su conferencia [1] partiendo del principio de que “no se es un cuerpo, sino que se tiene un cuerpo”, como dice Lacan, señala que hay una externalidad que concierne al Otro corporal, al cuerpo como Otro para el sujeto. El sujeto es llevado a inventarse lazos artificiales para reapropiarse de su cuerpo, para “ceñirse” a su propio cuerpo. La dificultad para él reside en el hecho de que estos medios artificiales que parecían anormales hace unos años hoy son banalizados. Los tatuajes están de moda y son una manera de ligarse a su propio cuerpo. Puede ser así un Nombre del Padre en la relación que tiene el sujeto con su cuerpo.

Entonces, la práctica del tatuaje como marca corporal, puede adoptar tres modalidades diferentes, posibles modos de anudamiento:

La marca en su valor simbólico: como modo de inscribir en el cuerpo el rasgo de pertenencia de un sujeto a una comunidad.

La marca en su valor imaginario: como elemento de la vida erótica, como forma de atraer, de seducir y cautivar el deseo

La marca en su valor erógeno, ligado a la pulsión y al autoerotismo.

En una época de empuje a la indiferenciación, el tatuaje es un intento de diferenciación, un intento de configurar una nueva identidad, un nuevo nombre, velando así la primera identidad del sujeto o completándola imaginariamente.

Esta práctica adquiere una función si lo pensamos en relación a la dimensión de la mirada, en un mundo omnivoyeur y exhibicionista en el que los velos han caído. En ese contexto el tatuaje puede venir al lugar de la envoltura. Se vincula a la función de la mascarada, pero como marca inalterable. A pesar de poder ser considerado como una moda de la época, a diferencia de aquella que es transitoria y modificable, el tatuaje se constituye en algo duradero e inalterable.

En algunos casos, se puede vincular con una dimensión del orden del trazo y la letra, en donde el tatuaje como marca que da a ver, no deja lugar a la metáfora, pero envuelve el cuerpo en su vertiente más real. Es desde esta última perspectiva que entronca con el trazo en la caligrafía oriental

Para concluir, los tatuajes se constituyen en un modo de solución, entre otros, con el que el adolescente aborda y constituye el cuerpo. Que los adolescentes actualmente se realicen tatuajes con mayor frecuencia responde a una modificación en el régimen de las identificaciones e inscripciones duraderas de orden simbólico.

Los tatuajes constituyen un modo de producir algo perenne que se inscribe en el cuerpo, que operaría como defensa frente a lo efímero, transitorio y cambiante del orden simbólico actual.

Según la función que el tatuaje cumpla (identificación, mensaje al Otro, marca de satisfacción, Cifrado, Objeto ofrecido a la mirada, insignia) se pueden producir distintas constituciones del cuerpo en el adolescente.

Los tatuajes son un modo de expresión, estético y creativo, de la singularidad del sujeto.

Los tatuajes como modo de expresión de lo singular operan como defensa frente a lo uniforme, anónimo y homogeneizante que propone la cultura actual.

BIBLIOGRAFÍA

- Bauman, Z. (2006). *Amor líquido*. Bs. As. Fondo de cultura económica.
- Blanco, L; Delgado, O; Goldemberg, M; Ons, S. (2001). *Lecturas de lo nuevo. Una investigación sobre la época y la pulsión*. Bs. As. Ed. Tres Haches
- Dessal, G. (compilador) AA.VV (2009) *Las ciencias inhumanas*. Madrid. España. Ed. Gredos
- Esposito, R. (2006) *Bios. Biopolítica y filosofía*. Bs. As, Ed. Amorrortu.
- Foucault, M. (2008) *Vigilar y castigar*. Bs. As. Siglo XXI

- Freud, S. (1905/ 1987). Tres ensayos de teoría sexual. En: *Obras Completas*. Bs As. Ed. Amorrortu
- Freud, S. (1914/ 1987) Introducción al narcisismo. En *Obras Completas*. Bs As. Ed. Amorrortu
- Freud, S. (1921) Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras Completas*. Bs. As. Ed. Amorrortu.
- Freud, S. (1925/1987) Inhibición, síntoma y angustia. En *Obras Completas*. Bs. As. Ed. Amorrortu.
- Freud, S. (1930) El malestar en la cultura. En *Obras Completas*. Bs. As. Ed. Amorrortu
- Lacan, J. (1949) El estadio del espejo como formador del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia analítica. En *Escritos I*. Bs. As. Siglo XXI
- Lacan, J. (1974) Prefacio a El despertar de la primavera. En *Otros Escritos*. Bs. As. Paidós.
- Lacan, J. (1977) *Radiofonía y Televisión*. Barcelona. Ed. Anagrama
- Miller, J.A. (1998) *Los signos del goce*. Bs.As. Ed. Paidós
- Miller, J.A. (2003) *La experiencia de lo real en la cura analítica*. Bs. As. Ed. Paidós.
- Miller, J.A. (2005) *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Bs. As. Ed. Paidós.
- Wajman, G. (2011) *El ojo absoluto*. Bs. As. Ed. Manantial. Perniola, Mario. La sociedad de los simulacros. Ed. Amorrortu. Bs As- 2011

NOTAS

1. Miller, J.A. "Efecto retorno sobre la psicosis ordinaria" pronunciada en el seminario anglófono "Psicosis ordinaria" en Bruselas. 2009.